

2º PREMIO NARRATIVA

“Cuerpo”, de Juan Perone (Tandil)

Yo nací para el amor. ¿Eso dije? Sí. Eso dije. Yo nací para el amor. No lo dije para escandalizar. No lo dije como proclama. Ni siquiera como una vindicación. No buscaba despertar las afiladas llamas de la condena social. Esas llamas que ya no anidan en las hogueras. Esas llamas que lamen el alma de los condenados en la fría celulosa de los diarios hasta vaciarlos de vida. Vacíos en vida. Como yo ahora. Ahora, y no antes. Antes, yo creía, pensaba y decía, que había nacido para el amor.

No. No. Corrijo. No es que sabía que había nacido para el amor. Lo sentía. Lo vivía en la piel. Como un mandato, como una naturaleza, como padecer el hambre y el cansancio. Como sobreviene el ahogo después de correr por horas y horas. Así sentía el amor. Y si así lo sentía, y si así lo sentía en mis dedos, en mis sienes, en mis piernas ¿por qué no iba a decirlo? Por qué no decirlo con mis palabras, con las palabras que son tan mías como mis dedos, mis sienes, mis piernas, mis pechos, mis pechos.

* * *

Una vez escribí “quiero estarme quieta y soy movida”. ¿Es que acaso podría reprocharme ser débil? ¿Lujuriosa? No. No soy débil. Me han fortalecido las miradas oblicuas, los rumores sembrados por donde fuera que fueren mis pasos. Me han fortalecido hasta donde esas miradas y palabras susurradas ni siquiera pueden imaginarlo. Tal vez no haya elegido libremente ese camino. Tal vez. Pero una vez allí, lo hice tan mío, tan mío, como una piedra que abraza su recorrido.

Una vez leí: “Todo *fue* es un fragmento, un enigma, un horrible azar, hasta que la voluntad creadora agregue: ¡Pero así lo quise yo! ¡Y yo lo querré así!” Y también leí: “¿Se ha convertido para sí misma la voluntad en liberadora y portadora de alegría? ¿Ha echado al olvido el espíritu de venganza y el rechinar de dientes? ¿Y quién le ha enseñado la reconciliación con el tiempo y algo superior a toda reconciliación?”.

* * *

Querido Horacio:

De repente he pensado que no podía pasar un segundo más sin escribirte. Ni siquiera un segundo. Será porque acabo de terminar de leer un libro sombrío e inquietante. Pero lo más perturbador de todo es que ese libro me ha hablado como ninguno antes. Me ha hablado en el lenguaje de las serpientes, Horacio. Sé que me entiendes. Ya hemos hablado del lenguaje de las serpientes. Le vienen a uno en sueños. Apenas un silbido, Horacio, pero un silbido que no encuentra obstáculos. Dicen lo que tienen que decir y se escurren. Pero dejan en nuestra cabeza su simiente. Y nacen de ella pensamientos. Pensamientos que ya son nuestros. No de ellas. Nuestros. Y ya no se van nunca más, Horacio. ¡Sabes de qué estoy hablando! Tú, el que me ha enseñado todo sobre animales. Peligrosos animales que acechan a centímetros de nuestras cabezas, Horacio. Arrojados en nuestras almohadas, Horacio. Que viven de chupar nuestra sangre hasta dejarnos lívidos, sin voluntad, sin espíritu. ¡Por Dios, Horacio, sabes de qué te estoy hablando! A veces así me hablan tus relatos. Así, como me ha hablado el libro de este loco que tanto se te parece, Horacio. Tan nervudo, tan torvo, tan hostil. Pero a la vez tan

distinto, Horacio. Porque tú eres hermano de la tierra. Amigo de la selva y sus quejidos. Eres naturaleza, Horacio. Hombre que hunde sus manos en el fango y el fango le habla. Y el cielo le habla. Y el viento le habla. Y la humedad le habla. Y él, él, Horacio, dice amar la naturaleza pero ya no puede hablar con ella. Porque la civilización le ha secado, Horacio. Le ha secado al punto de anhelar la batalla y desear con fervor la destrucción y el fuego que todo lo purga. El, Horacio, no tiene tus manos duras y fuertes de guerrero, pero desea blandir la espada. Lo desea como nadie, Horacio. El no tiene tus manos, pero tiene una lengua filosa y sibilante. Y habla el lenguaje de las serpientes. Y me habla. Y sus palabras se hacen mías. Y piensa. Y piensa. Y dice. Y digo. “Mi horóscopo me dice que viva sin cautela. Y quien no quiera morir de sed entre los hombres tiene que aprender a beber en todas las copas. Y quien quiera conservar su pureza entre los hombres tiene que saber lavarse incluso con aguas sucias”. Pero no sé, Horacio. A veces, a veces, creo que no me alcanzarán las fuerzas para hacerlo. Y cuando pienso en eso, pienso en ti. Tan seguro de ti mismo que muchos no dudan en llamarte loco. ¡Pero tan ciegos pueden ser! ¡Tan secos de sabia están ya! Llévame, Horacio. Llévame para que le hable a la tierra y al cielo. Y la humedad de la selva me cuente sus secretos. ¡Oh sí, la humedad! Qué bien me siento cuando pienso en su caricia femenina. Arrópame, Horacio. Arrópame de humedad antes de que sea demasiado tarde.

* * *

Buenos Aires es la tierra prometida de una religión que todavía no se ha revelado. Buenos Aires, no el país. El país es otra cosa. No se sabe qué cosa, pero otra cosa. Buenos Aires sí se sabe qué es. O al menos se sabe qué no es. No es París. No es Washington. Es más que ellas juntas. Es El Dorado. Una visión. Una segunda oportunidad. Grecia. Cuna de civilización de repuesto. Una promesa. Buenos Aires es la tierra prometida de una religión que todavía no se ha revelado. Y como tal ya tiene sus custodios.

* * *

-No sabe cuánto le agradezco haberme dado esta posibilidad señor Gálvez. Creo innecesario decirle el orgullo que ha significado compartir esta velada con usted, señor Gálvez. Usted y sus amigos que tan amablemente han prestado sus cuidados y eruditos oídos a mis versos de joven inexperta. Oh sí, sí, señor mío. Ha sido una noche de ensueño.

-Oh, por favor, jovencita... no tiene que agradecerlo...

-No diga eso. No malgaste humildad conmigo, señor Gálvez. Todos sabemos lo que significa tener la oportunidad de recitar versos propios en este ámbito donde hay tanta sabiduría, tanto criterio de belleza y armonía. Por lo demás, dígame señor Gálvez... si no fuera por estos panteones de las formas bellas ¡qué sería de nosotros, señor, qué sería! El mundo no sobrevivirá si no hacemos el esfuerzo por devolverle la armonía. Señor. La armonía de las artes, de las palabras. Sobre todo de las palabras. Porque este mundo fue creado a través de la palabra y se salvará por ella, señor. Y usted, y Darío y Lugones y tantos otros, señor, tienen mucho que ver con eso. Sí sí. Es así.

-Muy bien. Bien niña, muy bien. Ahora... si me disculpa...

* * *

“¿Habéis visto un final de fiesta, cuando el alba empieza y la luz del sol va inundando el salón iluminado por las arañas y los candelabros? Los rostros cansados, las ojeras, las fatigas del cuerpo y una vaga fatiga del alma”. Darío está escribiendo desde Nicaragua, pero le habla al mundo, al mundo crepuscular. Le habla a Europa. A los europeos. Y desde su púlpito de celulosa y cartón entelado saca a relucir una sonrisa enigmática. Porque junto a la descripción espera su turno la caricia reparadora. Darío habla a los europeos mirando hacia Buenos Aires. Buenos Aires será una pila bautismal por donde el mundo pasará a rogar una segunda oportunidad. Y allí estarán esperando los custodios del templo. Con rostro fiero, evaluando méritos y prosapia. Templo criollo, raza criolla, sueño criollo.

* * *

-Dime, Gabriela, dime si no es para salir a tomar las calles por asalto, como sucede últimamente en Francia o en Alemania, y pedir a gritos que esos torvos patrones de estancia dejen sus bancas y se dediquen, como seguramente Dios quiso, a engordar vacas. ¿Qué saben ellos de nuestra naturaleza? ¿Qué saben ellos? Piensan en nuestros ovarios como en establos de cría. En nuestros ovarios, Gabriela, como criaderos de buenos criollos. En nuestros ovarios como puesto de avanzada contra la chusma italiana y española que desembarca sus petates junto con sus vicios. Dicen que nosotras, las mujeres, Gabriela, sólo podremos dedicarnos al trabajo rentado cuando demostremos que no podemos tener hijos. Escuchaste bien, Gabriela. Nos separan en grupos como a vacas. Las fértiles por un lado, las yermas por otro. Somos vacas, Gabriela. Pero vacas que ni siquiera podemos disfrutar del placer del apareamiento con quien nos plazca. Somos vacas con vientres reservados.

* * *

Señor Borges:

No deseo que cambie usted su opinión acerca de mis poemas, pero debe saber que no es de caballero burlarse de ellos de la forma en que usted lo ha hecho. Me ha llamado “comadrita”. Debo decirle, joven Borges, que mis versos no son chismorroteos pecaminosos como usted quiere dar a entender en su crítica. Y debería saberlo bien si tiene oportunidad de cruzar palabras con su hermana. No pretendo que comprenda usted la mirada femenina sobre temas que son tan caros y propios de espíritus libres y sensibles, pero por ello mismo le pido que se abstenga de comentar lo que no entiende.

* * *

“Literatura enfática y exhibicionista” pensó Borges. “Exhibicionista fue también su forma de morir”, pensó Borges. Escribió lo primero. Calló lo segundo.

* * *

Una vez leí a Lucrecio. “Es agradable estar en la costa y ver a un navío que naufraga”. Lo leí por primera vez en Rosario. Lo recordé por última vez en las costas del Atlántico. El mar. El símbolo de las pasiones. La imagen de la turbulencia. El pozo sin fin. El mar engulle al incauto. El sabio alcanza la costa. Hace pie en tierra firme.

Una vez pensé: ¿Cuánto hace que no me siento en tierra firme? ¿Habré estado alguna vez en tierra firme? ¿Dónde? ¿Con quién? Ya ni recuerdo. Tal vez, sólo en sueños.

* * *

Este cuerpo, mi cuerpo, es un cuerpo extraño. Es un cuerpo devorador. Devora horas. Devora hombres. Devora esperanzas. Ahora, ahora, se devora a sí mismo. Ahora, pareciera que el mundo no le alcanza y ha vuelto la mandíbula hacia sí. Siento sus colmillos. No duelen las dentelladas. Duele la imagen del vacío que va quedando. Mi cuerpo devorador pretende quitarme lo único que me queda.

* * *

Una vez leí: “No sabemos lo que puede un cuerpo”.

Y leí: “Ningún ser divino ni nadie que no sea un envidioso puede deleitarse con mi impotencia y mi desgracia, ni puede tener por virtuosos las lágrimas, los sollozos y el miedo”.

* * *

Ahora sé lo que puede mi cuerpo. Mi cuerpo puede devorarse a sí mismo, como un Ouroboro. Ha empezado por el pecho. Mi pecho-voz. Mi pecho-nido. Mi pecho-amante. Y desde allí avanza, milímetro a milímetro, rompiendo, comiendo, licuando, ensuciando, envenenando. Y sin cuerpo ¿qué soy? ¿Libro? ¿Recuerdo?

En este momento daría todo por un cuerpo de bronce o de piedra. Un cuerpo como los que hace Luis, en su taller. Un cuerpo que no sea ovario. Un cuerpo que no sea acompañante. Un cuerpo que no sea límite. Un cuerpo que no sea humano. Un cuerpo que no haya nacido para el amor. Como pensé antes. Antes. No ahora.

Luis podría darme ese cuerpo. Con sus cinceles y sus yunques.

Un cuerpo que mire desde la orilla, seguro. Un cuerpo sin hijos. Un cuerpo que no se devore. Un cuerpo que no dé examen. Un cuerpo que no desee. Un cuerpo que mire al otro cuerpo. Al otro, que se pierde en la turbulencia de las olas y, con él, el terrible, el demencial, el desmesurado esfuerzo de haber vivido.